

¡UNA EXPERIENCIA INCREÍBLE!

*«Jesús toma consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano,
y los lleva aparte, a un monte alto». Mateo (17, 1-9)*

Hoy continuamos nuestro ascenso con Jesús. Él nos lleva de nuevo a un lugar apartado, pero esta vez a un monte alto y en compañía de algunos discípulos. No es casualidad que Jesús nos invite a reunirse con él «en un monte alto». En la Biblia, la montaña es ante todo un lugar simbólico, un lugar donde Jesús se revela, un lugar donde levanta el velo del letargo de nuestra vida cotidiana que a veces nos nubla la vista y nos impide verlo mejor y conocerlo más íntimamente. Tu corazón ¿está preparado para una experiencia inolvidable? Tomémonos el tiempo para escalar la montaña de nuestro corazón y reunirnos allí con Jesús.

*«Jesús se transfiguró delante de ellos; su rostro se puso brillante como el sol,
y sus vestidos se volvieron blancos como la luz».*

Jesús se «transfigura» delante ellos. ¡Todo su ser se vuelve luminoso, incluso sus vestiduras! ¡Guau! ¡Es increíble! Pero, ¿qué está pasando? Por un breve instante, Jesús deja que brote en Él toda la intensidad del amor del Padre que habita en Él.

Los tres discípulos ven a Jesús resplandeciente como el sol sobre la nieve. Quizás algún día hayamos tenido la experiencia de encontrarnos con «una persona luminosa», una persona «radiante». ¿Nos hemos preguntado qué es lo que la ilumina así?

*«... una nube luminosa los cubrió con su sombra... una voz decía:
Este es mi Hijo amado, en quien me complazco : ¡escuchadle!».*

El relato de la Transfiguración, al igual que el del bautismo, nos recuerda que Jesús vive siempre en presencia de su Padre. Jesús vive siempre en estrecha relación con el Padre y el Padre con Él. Cada vez que el Padre toma la palabra, es para invitarnos a reconocer a Jesús como su Hijo amado y a confiar en Él escuchándole.

Es importante para los discípulos, como para nosotros, creer que Jesús es verdaderamente el enviado del Padre, que es Él quien nos salva, quien puede transformarnos, «transfigurarnos» por el amor del Padre, para que también nosotros nos convirtamos en sus hijos e hijas amados. Este es el camino de la vida, el camino de la felicidad.

La Transfiguración de Jesús nos invita a mirarnos de otra manera, a mirar de otra manera a las personas que nos rodean y a los acontecimientos que vivimos. ¿Cómo podemos percibir ya en ellos la luz amorosa de Dios presente?



Durante esta semana, dejémonos sorprender por la luz resplandeciente del Resucitado, que ya está presente en nuestro mundo. Por medio del Espíritu Santo, convirtámonos en «seres luminosos», testigos del amor de Dios en nuestra humanidad. ¡Esa es la verdadera vocación de los bautizados!

¡Vivamos una experiencia inolvidable!

***Hna. Louise Madore, Hdls
Provincia de Canadá***